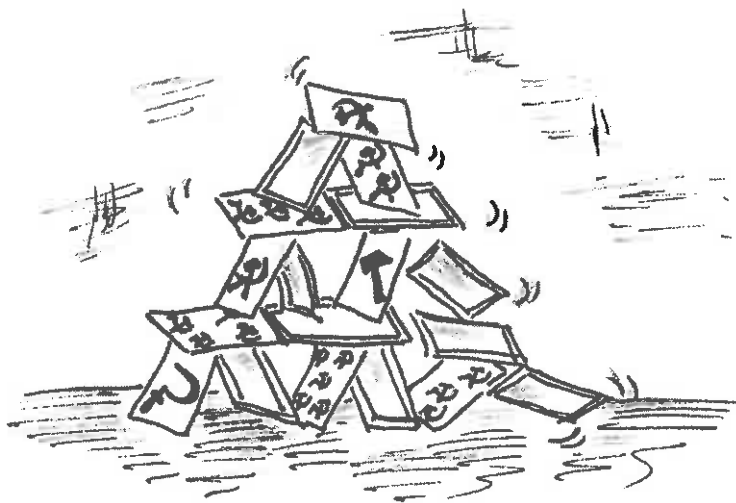


# DE LA PERESTROIKA A LA GLASNOST

MARCELO D. PAFUNDI



*La nueva atmósfera se manifiesta más vívidamente, quizá, en la glasnost (transparencia informativa). Queremos más apertura en los asuntos públicos en cada esfera de la vida. La gente debe saber qué es bueno y también qué es malo, para poder multiplicar lo bueno y combatir lo malo. Así es como deben ser las cosas en el socialismo (...) La gente cada vez se convence más de que la glasnost es una forma efectiva de control público de las actividades de todos los cuerpos gubernamentales, sin excepción, una poderosa palanca para corregir equivocaciones.*

MIJAÍL GORBACHOV, 1987<sup>1</sup>

## I. Introducción

En 1986, la *perestroika* había iniciado el rumbo de la modificación de los mecanismos que regían el modelo de control burocrático y centralizado de la economía, pero más tarde, con la apertura propiciada por la *glasnost*, fue haciéndose evidente que el *gorvachovismo* unía decididamente en su contra a aquellos estamentos de la burocracia que controlaban los engranajes clave de la economía y del Estado, posición desde la cual podían atenuar y frenar sin sobresaltos el proceso de reformas. Desde el principio, fue evidente que solo la *intelligentsia* apoyó orgánicamente el cambio iniciado por Gorbachov. Según Boris Kagarlitsky,

A finales de los años ochenta la *intelligentsia* dio un viraje tan rápido, de la oposición a un entusiasta amor a los superiores, justamente porque, en realidad, el romance platónico con los superiores nunca se detuvo. La *intelligentsia* durante muchos años le dijo al poder: «Mírate, ¡cuán aborrecible eres!» Y de

pronto, en los años de la *perestroika*, el poder se puso de acuerdo con ella. Mirándose en el espejo de la *glasnost*, se aterrizzaba e invitaba a la gente instruida a corregir su imagen. A quién dirigirse era sabido de antemano: montañas de publicaciones totalmente legales y toneladas de «notas cerradas» no fueron en vano para sus autores. El amor a sus superiores bajo Gorbachov, rápidamente se trasladó a Yeltsin.<sup>2</sup>

Comencemos por señalar, que la *glasnost*, promisoría apertura de la información, fue acompañada de un paulatino relajamiento de los controles represivos que condujo a un rápido desgaste de la autoridad del Partido, y a un proceso de disolución de sus estructuras ideológicas y territoriales. Esto ocurrió a contramarcha de las expectativas de los mandos soviéticos, que habían concebido a la *glasnost* como un elemento esencial en la «democratización» de los aspectos más oprobiosos del régimen buro-



crático estalinista. Inexorablemente, la *glasnost* se convirtió en un factor desbordante que vapulearía implacablemente la visión deformada de la realidad,<sup>3</sup> aquella que el Partido, desde los tiempos de Brezhnev, había sintetizado en la fórmula «socialismo realmente existente».

Pero el sentido prospectivo y renovador de la *glasnost*, se había conjeturado en estas esperanzadas palabras de Gorbachov,

Nuestra sociedad socialista, que resueltamente se ha embarcado en la ruta de la renovación democrática, tiene un interés vital en la activa participación de cada ciudadano -cada obrero, cada agricultor, cada científico y cada profesional- tanto en la discusión de nuestros planes, como en su ejecución. Y los medios de comunicación representan y siguen representando un tremendo papel en esto. Por supuesto, no son el único medio para expresar la voluntad del pueblo, para reflejar sus puntos de vista y disposición. Pero son la más representativa y masiva tribuna de la *glasnost*.<sup>4</sup>

76

Como estudiaremos en esta ponencia, hacia finales de la década de 1980 las líneas de fractura del *sistema comunista*<sup>5</sup> estaban bien definidas. En primer lugar, el régimen soviético no soportaba la *transparencia*. En efecto, favorecida por la *intelligentsia* progresista, la *glasnost* desencadenó la ebullición de los medios de comunicación, publicaciones, debates escritos y televisados, poniendo en tela de juicio la verdad ideológica avalada por el Partido y protegida por los organismos de seguridad. En segundo lugar, las esperanzas de iniciar la «democratización» de las estructuras políticas del régimen comunista, esgrimida por el proyecto gorbachoviano de una «*democracia parlamentaria y multipartidaria basada en el estado de derecho*»,<sup>6</sup> se transformó en el puntapié inicial de un proceso catastrófico de licuación del poder del Partido Comunista, que acabaría con el régimen de Partido único y con la mismísima Unión Soviética.

## II. Las fuerzas sociales y las reformas

Los años 1988-1990, se preveían como decisivos para la transformación del viejo mecanismo económico.<sup>7</sup> Sin embargo, a tres años del lanzamiento formal de la *perestroika*, la

persistencia de las viejas prácticas en la gestión económica habían hecho casi nulas las aspiraciones de los reformistas de palpar cambios reales en el funcionamiento global de la economía. Por ejemplo, el encargo estatal (que debía limitar ostensiblemente los requerimientos del Estado hacia las empresas), siguió transcurriendo en la práctica (en la asignación de metas y recursos) de arriba hacia abajo, es decir, desde las directivas centrales del partido a los ministerios y de estos a las unidades de producción, eliminando, como era la norma, la iniciativa de las unidades fabriles.<sup>8</sup> El principio de que las empresas rentables no sostendrían con sus recursos a las deficitarias cayó rápidamente en saco roto, cuando muchos ministerios de la producción siguieron trasladando beneficios desde las unidades eficientes a las no rentables.<sup>9</sup> La instauración de un sistema de dirección basado en métodos económicos modernos no había logrado implantarse todavía a esa altura, y continuaba rigiendo el viejo sistema de dirección administrativa. ¿Qué era lo que había paralizado el cambio? Como lo evaluaron algunos autores soviéticos en su momento, no puede atribuírsele a toda la burocracia política y administrativa el rol de adversaria monolítica de la reforma,<sup>10</sup> y es por tanto más lógico proponer un corte sociológico no tan vertical, sino más bien horizontal, de partidarios y adversarios de las reformas de mercado en todos los estratos sociales y ocupacionales de la sociedad. Pero sin dudas, fue una vez más en los niveles de la disclosa y poderosa burocracia administrativa del Estado, que doblegaba en los hechos a la burocracia del Partido,<sup>11</sup> donde se hallaba una fuerza social eficacísima para hacer nulos los esfuerzos de cualquier cambio que osase enfrentar los intereses de esa capa, y producir transformaciones de envergadura dentro del sistema. Comenta al respecto la socióloga Tatiana Vorozheikina que

...el cálculo económico (en las economías de mercado)<sup>12</sup> presupone, en fin de cuentas, la plena responsabilidad de la empresa por todo el proceso de su funcionamiento y el resultado final. Esto hace innecesarios muchos eslabones no solo de la dirección económica (ministerios, etc.), sino también de la dirección político-administrativa, porque gran parte de esta última se ha concentrado en las tareas de gestión puramente económicas.<sup>13</sup>

Como señalaba David Mandel, de ensamblarse coherentemente la reforma, esta también afectaría a los nutridos niveles inferiores de la burocracia política y administrativa, claves en la articulación del sistema económico en los niveles locales y regionales,

de mayor significación política es la previsible pérdida por parte del aparato del partido... en los niveles medios: secretarios de comités de república, de región o de ciudad y su personal adscrito de lo que ha sido durante casi sesenta años su principal función en el ámbito de la coordinación, la supervisión, el impulso y la organización económica territorial.<sup>14</sup>

Otro aspecto amenazante de las reformas impulsadas por Gorbachov, recaía en la posibilidad de que los trabajadores eligieran democráticamente la conducción de su empresa,

con la reforma, los *apparatchiky* del partido y los administradores de alto nivel están en puertas de perder al menos una gran parte de su poder de designar gerentes y directores de empresas.<sup>15</sup>

Quedaba en claro que para los encumbrados capitostes del Partido, y la burocracia estatal, resignar esta facultad de nombramiento o *nomenklatura*,<sup>16</sup> significaba ceder el tradicional mecanismo en la selección de cuadros políticos y administrativos, que pasarían a formar parte de una intrincada red clientelar y que constituían la base de acumulación de poder y privilegios. Era comprensible, además, que la burocracia de un Estado-partido que copta y unifica en los organismos estatales todas las funciones económicas, administrativas y políticas existentes, se rehusara a sustituir el nombramiento «desde arriba» por la elección «desde abajo», ya que esto, en última instancia, pondría en juego su reproducción como estrato social privilegiado. Esto detallaba, en principio, las contradicciones sobre las que cabalgaba el proyecto de los reformistas. Precisamente, un analista clave de la experiencia reformista húngara, atinaba a descubrir el «huevo de la serpiente»:

La reforma es un movimiento desde «arriba», un cambio voluntario de comportamiento por parte de los controladores y no un levantamiento desde «abajo», por parte de quienes son controlados. Existe por tanto, una tenaz contradicción interna en todo el proceso

de reforma: ¿Cómo esperar la participación activa precisamente de aquellas personas que perderán parte de su poder caso de que el proceso tenga éxito?<sup>17</sup>

La actitud de la burocracia, en todo este proceso, no difería de las prácticas y estrategias sutiles con que había resistido y bloqueado en el pasado, otros intentos de «saneamiento» o «autorreforma» del sistema soviético. Como ilustra en este sentido la socióloga Vorozheikina, estos sectores

...sin oponer resistencia abierta a la reforma económica, tratan de castrarla o de «ahogarla en abrazos.

Y añadía,

A principios de 1988 se puso de manifiesto que sin tocar los cimientos del poder político, el sistema burocrático-administrativo resiste con éxito, digiriendo algunos elementos de la reforma económica y rechazando otros, los que no puede digerir.<sup>18</sup>

77

Este curso perverso y desgastante de obstrucción a las reformas, que con mayores o menores cambios, siempre revalidaban el *statu quo* dominante en la URSS, traslucían las prácticas y vicios más paralizantes arraigados dentro del sistema y un lastre significativo para el futuro: sin innovaciones económicas y políticas estructurales, no habría posibilidades de descentralización, de autogestión, y lo más crucial, en definitiva, de democratización de la vida soviética. ¿Pero cómo sería posible sortear el obstáculo representado por las estructuras político-administrativas petrificadas y con intereses contrarios a los de la *perestroika*? Como veremos más adelante, 1988 fue un año decisivo en el proceso que describimos, ya que por primera vez Gorbachov vincularía intrínsecamente la transformación económica con la necesidad de una reforma política, alimentada por un objetivo específico: vencer la propia inercia del sistema, la cual, tenazmente, había detenido los proyectos de reestructuración más radicales, lo que hacía indispensable el acompañamiento activo de la sociedad. Según David Mandel, en aquel momento,

Al vincular íntimamente reforma económica y democratización, Gorbachov parece haber concluido que si su régimen continúa apoyán-



dose en la burocracia como base principal del poder, la reforma está condenada. La transformación de la base social del Estado es el único sentido genuino de la democratización.<sup>19</sup>

Hacia 1988, el mensaje principal de Gorbachov está orientado esencialmente a que las masas deben tomar los destinos de la *perestroika* en sus propias manos, que solo su participación hará del proceso algo irreversible. En esa coyuntura Gorbachov afirmaba lo siguiente:

Una de las principales metas políticas del esfuerzo de reestructuración, sino la más importante, es despertar y afianzar en el pueblo soviético un sentido de responsabilidad por el destino del país.<sup>20</sup>

78

Todo parece indicar que por ese entonces, Gorbachov decidió apostar al surgimiento de mecanismos de participación y de democratización, cuyos aspectos parciales fueron plasmados en la reforma política de 1988, a partir de la cual se creaba el Congreso de Diputados Populares de la URSS, cuyos nuevos miembros serían elegidos mediante elecciones abiertas. Esta reforma política involucraba vencer la inercia cultural de décadas, arraigada en la conducta cotidiana y en el *modus vivendi* de amplios sectores de la sociedad soviética; en pocas palabras, la reforma implicaba poner en movimiento a una sociedad despoltizada y desmovilizada, que desde hacía tiempo había sido acostumbrada por los gobernantes a no tener la más ínfima participación en la toma de decisiones políticas. Por supuesto que la marcada apatía y sensación de amenaza experimentados por los trabajadores y los encumbrados estratos de la burocracia administrativa, frente al cambio social y político, eran comprensibles en tanto que la psicología de la autogestión, de la democracia pluripartidista y del mercado, eran absolutamente incompatibles con la psicología del *hombre tornillo*<sup>21</sup> de Stalin, que habían patrocinado el conservadurismo y el funcionalismo social más abyecto. Mientras que desde la época de Stalin, se había puesto el acento principal en la «sabiduría» de los de arriba<sup>22</sup>, las reformas hacían hincapié en la participación activa y decisiva *de los de abajo*, de sus intereses, experiencias e ideas. Gorbachov insistía en que una sociedad dónde las masas son apartadas de la

participación directa y activa, y de la discusión y la solución de los problemas vitales, *no era* una sociedad socialista.

De todos modos, pese a sus loables intenciones, la reestructuración y la democratización propuestas por Gorbachov, se topaban, como ya expresamos, con la desconfianza de los trabajadores y de otras capas sociales activas, desconfianza, no sin razón, azuzada por ciertos *clichés* de la ideología capitalista que parecían desprenderse de las argumentaciones retóricas de Gorbachov, e insinuaban poner en tela de juicio las garantías sociales que ofrecía el viejo sistema. En efecto, como argumenta David Mandel,

Los directores de las empresas, sometidos a la presión de las fuerzas del mercado, se verían motivados a producir más eficientemente. Un medio fundamental para alcanzar este fin sería economizar costes laborales.<sup>23</sup>

Dicho crudamente, por primera vez en la sociedad soviética, aparecía inadvertida, pero concretamente bosquejada como una consecuencia posible de las reformas, la problemática del desempleo. Sin dudas, detrás de la campaña oficial a favor de una más elevada eficiencia, de la automatización y de una más elevada productividad, subyacía la amenaza, según podían interpretar los trabajadores<sup>24</sup>, de lo que era una realidad concreta del sistema capitalista: la competencia por los empleos y la creación de un excedente de fuerza de trabajo. De tal modo, uno de los más difíciles obstáculos ideológicos a los que debía confrontar la administración de Gorbachov, ya no solo para competir económicamente con Occidente, sino para salvar el sistema, se reducía a la siguiente pregunta: ¿cómo conciliar el requerimiento de mayor eficiencia productiva, sin tocar el millonario ejército de burócratas y trabajadores improductivos, y sin sacrificar un valor socialista como el derecho al trabajo y el pleno empleo?<sup>25</sup> Simplemente citaré de pasada lo que algunos observadores internacionales señalaron como el factor crucial del cual dependía el «éxito» de la reestructuración económica. El informe en aquel entonces de Wilson y Bachkatov, correspondientes de la prensa occidental en Moscú, es por demás elocuente. Comentaban estos observadores que

El economista Abel Aganbegyan calcula que no habrá problema de exceso de fuerza de trabajo antes de 1992. Pero otros economistas soviéticos piensan que el enfoque de Aganbegyan respecto a los enormes problemas del país es excesivamente gradual, y que, a menos que Gorbachov asuma atribuciones adicionales para acelerar el proceso a costa de algunos «valores socialistas», la perestroika entera se detendrá.<sup>26</sup>

Pues bien, ¿cuál era la magnitud del ajuste o la reducción que se estimaba necesaria con respecto a la fuerza de trabajo improductiva, para que la URSS se pusiera «a tono» con los estándares de competitividad internacionales?:

En 1986 el profesor Vladimir Kostakov (...) calculó que el incremento de la productividad de la fuerza de trabajo exigiría reducir en un 13-15 por ciento el número de operarios en la industria, es decir, una disminución de 15 millones. El cambio comenzaría a sentirse en el duodécimo período quinquenal de 1991-1996 y afectaría principalmente a las mujeres.<sup>27</sup>

Como se advertirá, la cuestión de qué hacer con el destino laboral de millones de trabajadores, si se quería pasar a un sistema más eficiente y competitivo en la producción, era crucial y definitivo, y requeriría de soluciones audaces, y al límite de la flexibilidad ideológica de los postulados de la política soviética. Pero como era de suponerse, sería francamente difícil que los economistas de la reforma, aceptasen el paro moderado, siquiera como una herramienta necesaria y hasta forzosa en el proceso urgente y dramático de reestructuración, lo que sin dudas motivaba la pregunta, de si existía a esas alturas alguna salida tangible para la crisis del sistema, que no fuera abrazar el capitalismo a secas. Como apuntamos, los reformistas rechazaron el paro por razones evidentemente de carácter social, e ideológico, y porque no aseguraba según su punto de vista, la resolución de fondo de los problemas macroeconómicos.<sup>28</sup> Sin dudas, el problema de base de las reformas, era introducir en el debate sobre las posibles soluciones a la crisis, un rasgo cíclico y constante de otro sistema socioeconómico, como era el paro forzoso en las economías de mercado, difícilmente aceptable en ese contexto, por lo

menos para una parte sustantiva de las figuras dominantes dentro del Partido.

Ahora bien, si como hemos observado, desde estándares de productividad occidentales la posibilidad de un final feliz para las reformas económicas, comprendía *abandonar ciertos principios socialistas*, tales como el pleno empleo; vale preguntarnos entonces, a la inversa de la conjetura anterior -la desconfianza de los trabajadores ante la insinuación de reformas pro-capitalistas-, ¿por qué, si al menos las reformas oficiales seguían como antaño, demonizando ideológicamente el desempleo, estas no concitaron un apoyo más decidido entre los trabajadores? Una respuesta plausible, es que la apatía a los cambios, no provino solo de la oposición consciente (aunque también pasiva) de los obreros, temiendo la aplicación de nuevas reglas de producción que pretendían instaurarse autoritariamente «desde arriba», sino que el marco de referencia al freno de las reformas gorbachovianas era más amplio y descubría, de acuerdo a ciertos especialistas soviéticos, la presencia de una «cultura del estancamiento» arraigada en pautas culturales, que estos caracterizaron como «parasitismo» y «conservadurismo social». Como indica la socióloga Vorozheikina,

El sistema autoritario creó parásitos sociales en todas las capas de la sociedad soviética- entre la clase obrera (especialmente entre los obreros de calificación baja o empleados en el sistema del servicio privilegiado); entre el campesinado, los intelectuales y profesionales- todos los cuales se acostumbraron a cobrar salario nada más por cumplir su horario de trabajo, sin hacer ningún esfuerzo y, a menudo, causando un daño explícito a la economía social.<sup>29</sup>

Otras actitudes, expresaban el conformismo con un sistema que garantizaba ciertos derechos sociales:

Hay que reconocer que cantidades considerables de gente que se sentían socialmente protegidas (aunque a nivel y calidad muy bajos) por el sistema anterior están bien contentas y no necesitan ninguna democracia, porque la democracia significa no solo derecho de decidir sino también la responsabilidad propia de su bienestar.<sup>30</sup>



Tal como señala Vorozheikina, dicho conformismo generaba una alianza promiscua, pero «natural» y recíproca, entre la burocracia y las capas bajas de la sociedad soviética, con significativas desigualdades en sus estilos y niveles de vida. Así,

la burocracia tiene también su contraparte y aliados en los niveles bajos y medios de la sociedad.<sup>31</sup>

Indiscutiblemente, la historia de las reformas de Gorbachov, es que las mismas nunca llegaron a contar con el suficiente respaldo social como para transformar decisivamente los aspectos más anquilosados del régimen soviético. Sin un apoyo significativo entre los obreros, ni en sectores importantes de la burocracia, solo la *intelligentsia* fue la base socialmente acotada que acompañó el intento de cambio. Pero dentro de un sistema, como decía David Mandel, que traccionaba por la inercia de las decisiones de millones de funcionarios burocráticos:

La *intelligentsia* en solitario tiene, sin duda, todas las de perder frente a la burocracia.<sup>32</sup>

### III. Los cambios políticos y los esbozos de la transición

En vistas a las circunstancias descritas, la XIXª Conferencia Extraordinaria del PCUS en 1988 intentará introducir algunas reformas en el sistema político, y resolver la crisis de legitimidad del sistema, ampliando las bases de sustentación del poder de Gorbachov y de sus reformas. Es a partir de esta reforma política (ciertamente limitada y tibia en sus comienzos) que surgirá el Congreso de Diputados Populares de la Unión Soviética, cuyos miembros fueron elegidos por primera vez el 26 de marzo de 1989.<sup>33</sup> Se coincide por lo general, con que es a partir de esta transformación dónde empieza a gestarse una situación política e ideológicamente nueva, todo ello al compás de la profundización de la crisis económica. La polarización en torno a dos proyectos bien definidos, data de este momento. Una parte de las fuerzas políticas se irá abroquelando tras el liderazgo de Boris Yeltsin,

Este bloque se va dotando de una orientación favorable al multipartidismo, la confederación de las repúblicas integrantes de la URSS

y el rápido tránsito hacia una economía de mercado (fuertemente privatizada). Su fuerza se amplía considerablemente en la medida en que logra incorporar a los sindicatos mineros independientes, protagonistas del movimiento huelguístico desencadenado a lo largo de varias repúblicas en 1989.<sup>34</sup>

Este mismo artículo comenta que,

A este reformismo radical cada vez más crítico del gradualismo gorbachoviano, se le opone un bloque conservador, integrado en torno a sectores ortodoxos de la nomenclatura que califican de contrarrevolucionario al repliegue internacional, a la apertura política y a la reestructuración económica; ellos se atrincheran en el aparato central estatal (fuerzas de seguridad, ejército, cuadros ministeriales, dirección de las grandes empresas).<sup>35</sup>

No es mi intención narrar todas las vicisitudes del proceso político que llevó a la crisis final del liderazgo de Gorbachov y del régimen soviético. Me interesa más bien analizar sucintamente el papel de la *glasnost* como factor desencadenante de toda una situación no prevista, tanto por los actores opositores como partidarios de las reformas. Como lo adelantamos al comienzo, la *glasnost* se torna en un hito esencial a la hora de analizar los tramos finales de la desintegración de la URSS. En efecto, la *glasnost* cuestionó el papel dirigente del PCUS en la vida soviética, desnudó la corrupción imperante en sus estructuras, y desmitificó muchos de los aspectos de la historia oficial. Como comenta un autor:

la historia oficial de la URSS que se enseñaba en la escuela tuvo que ser eliminada tras las importantes revelaciones de imprecisiones y falsedades que denunciaron los historiadores.<sup>36</sup>

Pero la pregunta que debemos encarar aquí, es ¿cómo se arribó a la disolución territorial del poder del Partido y a la ruptura de la estructura institucional e ideológica en el propio seno del PCUS? Sin dudas la punta del ovillo comienza con la *glasnost*, pero tiene raíces más profundas en un viraje sustancial y difícil de medir, en la propia cultura y valores políticos de una parte de la dirigencia soviética que encabezaba Gorbachov. El examen de sus discursos testimonia una radical disminución de su interés por los países socialistas y del tercer mundo y una creciente preferencia

por las relaciones con las potencias de Occidente. De esta manera, de acuerdo con algunas interpretaciones, fue posible una «impregnación» en la dirigencia soviética de «valores democráticos occidentales». Este hecho, de ser plausible, contribuye a explicar satisfactoriamente desde una visión excesivamente «liberal» u occidental, que la *perestroika* derivase al fin y al cabo (no siendo su propósito inicial) hacia una reforma política estructural, y, en una palabra, hacia el principio del fin del monopolio político del Partido Comunista. Ciertamente, si existe algo imputable a Gorbachov y a la *intelligentsia* que lo rodeó, fue precisamente un exceso peligroso de «encantamiento» con Occidente, una actitud que fortaleció el impacto de la propaganda del sistema capitalista y sus pautas culturales. Como apunta Garrido Caballero,

en 1988, la imagen del socialismo estaba muy desacreditada, mientras la ofrecida por el paraíso capitalista era mitificada, sobre todo, entre la juventud soviética. No obstante, la mayor parte de la población mostró una confianza ciega en la *intelligentsia* y la palabra impresa. Años después comentarios y estadísticas muestran frustraciones de la población, que prefieren un camino propio para avanzar y no meramente la emulación de los patrones occidentales.<sup>37</sup>

Quizás este comentario sirva de manera sobresaliente para retratar el papel jugado por Gorbachov y la *intelligentsia*, al imaginarnos como sus políticas y discursos calaron y fueron interpretadas por el grueso de la sociedad, y hasta que punto el paraíso *socialdemócrata* que Gorbachov y la *intelligentsia* pregonaban en pleno trance crítico de la URSS, fueron el tiro de gracia para desacreditar la poca confianza que la población aún depositaba en el *socialismo realmente existente*.

Haciendo una necesaria recapitulación, la palabra *glasnost*, desde muy pronto considerada un complemento de la *perestroika*, significó desde el punto de vista político, algo así como una actitud de buena voluntad gubernamental para aceptar un debate crítico sobre determinadas materias, siempre que fuera constructivo. Su sentido, en el marco de una *perestroika* dirigida de forma fundamental al cambio económico, consistió originariamente en provocar un plan-

teamiento realista de los problemas y en animar a los ciudadanos a involucrarse personalmente en la reforma.<sup>38</sup> Ahora bien, a partir de 1988, de este propósito inicial, se pasó a una auténtica revolución en los medios intelectuales y periodísticos que desbordaron los proyectos iniciales de los gobernantes, tomaron la iniciativa y acabaron influyendo en los acontecimientos de un modo decisivo. Algunos observadores privilegiados de aquella coyuntura histórica, como Vorozheikina, han planteado la influencia de ciertos acontecimientos dramáticos en la aceleración de la *glasnost*, que impondrán una mayor liberalización de la cultura, la información y la política. Uno de ellos, fue el desastre nuclear de Chernobyl,

Creo que Chernobyl, por la escala de la tragedia y la imposibilidad de ocultarlo, dio un impulso decisivo a la profundización de la *glasnost*. Chernobyl nos mostró el grado de pudrimiento, la mentira, la ineficacia y el peligro de la pasividad individual. Había que participar, que tomar la responsabilidad por la propia vida, por el país, por el futuro de los hijos.<sup>39</sup>

Según este juicio, Chernobyl aceleró la liberalización de los medios de comunicación y esto facilitó la confrontación política. Señalemos de pasada, que Gorbachov no dio libertad de prensa, sino que las diferentes publicaciones se la fueron tomando.<sup>40</sup> Asimismo se debe recalcar la condescendencia de Gorbachov con una oposición intelectual, que quizás apenas estuviera formada por un par de millares de personas, pero que estaba destinada a jugar un papel decisivo en los medios intelectuales y periodísticos y en el despertar de la sociedad civil.

Otro hecho significativo, fue la liberación de Sajarov,<sup>41</sup> a fines de 1986, un gesto político dirigido hacia el exterior y un testimonio de flexibilidad interna, pero que además, le convirtió en un protagonista de la vida pública. Ahora bien, estos hechos significativos, ¿pueden pensarse como un proceso de transición política en marcha, a pesar de una voluntad no declarada? Es posible, sin lugar a dudas, que algunos de los elementos típicos de un proceso de *transición estructural* en el sistema político soviético, sean identificables al momento en que la política de Gorbachov empezó a ser desbordada por ciertos acontecimientos. Si fuera este el caso, la obra de

O'Donnell y Schmitter nos aporta elementos valiosos para dilucidar aspectos clave de una etapa transicional. Según los autores

Las transiciones están delimitadas, de un lado, por el inicio del proceso de disolución del régimen autoritario, y del otro, por el establecimiento de alguna forma de democracia, el retorno a algún tipo de régimen autoritario o el surgimiento de una alternativa revolucionaria.<sup>42</sup>

Y agregan con mayor especificidad,

La señal típica de que se ha iniciado una transición es que estos gobernantes autoritarios, por cualquier motivo, comienzan a modificar sus propias reglas con vistas a ofrecer mayores garantías para los derechos de los individuos y grupos.<sup>43</sup>

Sin pensar obviamente en que la transición es un proceso lineal, O'Donnell y Schmitter definen la marcha hacia la transición política, desde los comienzos de cierta liberalización

82

como un proceso que vuelve efectivos ciertos derechos, que protegen a individuos y grupos sociales ante los actos arbitrarios o ilegales cometidos por el Estado o por terceros.<sup>44</sup>

Por lo tanto,

Una vez que algunos actores se han atrevido a ejercer públicamente tales derechos y no han sido castigados por ello, como lo fueron en el apogeo del régimen autoritario, aumenta cada vez más la probabilidad de que otros se atrevan a hacer lo mismo.<sup>45</sup>

Afortunadamente, la voluntad de Gorbachov de no reprimir las primeras manifestaciones de disidencia, simbolizaría una actitud que la historia se encargaría de reivindicarle y una manifestación de que algo había cambiado en la Unión Soviética. Lo que puede discernirse por otra parte, es que la tímida política democrática de Gorbachov fue preparando internamente el terreno para la consolidación de liderazgos políticos disolventes y la manifestación de los primeros disturbios territoriales. Este proceso de disolución de las estructuras partidarias e ideológicas y de crisis territorial puede constatare con el ascenso de figuras políticas como Boris Yeltsin. Yeltsin<sup>46</sup> había hecho afirmaciones estridentes contra los anteriores responsables en la conducción del país, como la de «cavamos

y cavamos y no llegamos nunca al fondo de la corrupción». Por estas y otras actitudes, Gorbachov lo había apartado en 1987 de sus responsabilidades, otorgándole un puesto menor, si bien de rango ministerial. De todas formas, esto no impediría que muy pronto lograra un apoyo popular excepcional para lo que era el *rating* habitual de la dirigencia del régimen. En 1988, enfrentado con Ligachov (representante del ala conservadora del PCUS), Yeltsin constituía ya una alternativa posible en una lucha interna del Partido, en la que Gorbachov ocupaba el centro. Pese a sus oropeles «democráticos», la trascendencia de Yeltsin se debió por fuerza propia, a haber sido uno de los principales artífices de la era pos-soviética. E indiscutiblemente, su transformación de «liberal-comunista» en «anticomunista-liberal»<sup>47</sup> lo hicieron acreedor de aquellas precursoras palabras de Isaac Deutscher:

No puede haber tragedia mayor que la de una gran revolución que sucumbe al puño que tenía que defenderla de sus enemigos. No puede haber espectáculo tan repugnante como el de una tiranía posrevolucionaria vestida con las banderas de la libertad (...) El ex comunista no defiende ya el socialismo de los abusos poco escrupulosos; lo que hace ahora es defender a la humanidad de la falacia del socialismo. Ya no trata de vaciar el agua sucia de la revolución rusa para proteger al niño: descubre que el niño es un monstruo al que hay que estrangular. El hereje se convierte así en renegado.<sup>48</sup>

Pero a estas alturas había hecho acto de presencia otro motivo de confrontación interna, difícil, en verdad, para haber sido imaginado desde el comienzo por el gorbachovismo y el Partido: tras las revoluciones de Europa centro-oriental (1989), la efervescencia de las nacionalidades y las insinuaciones de un latente separatismo empezaron a carcomer la unidad del Estado multinacional, en que se basaba la Unión Soviética desde su creación. Dirá al respecto Gorbachov:

La euforia del separatismo y del extremismo nacionalista se explica y entiende hasta cierto punto en una etapa en que las contradicciones de un estado totalitario unitarista, que se venían acumulando desde hacía mucho tiempo, han finalmente estallado.<sup>49</sup>



### IV. De la *perestroika* a la *glasnost*: la agonía del sistema soviético

A medida que la *perestroika* transcurría sin éxitos palpables, la *glasnost* empujó los acontecimientos por una dirección no prevista y galvanizó ciertos intereses de forma decisiva; en una palabra, la tarea de Gorbachov había trasladado su centro de gravedad de la economía a la política.

A consecuencia de ello, el PCUS inició la senda de un cambio institucional, como ya habíamos adelantado. En junio de 1988, se celebraron unas elecciones que, sin ser del todo democráticas,<sup>50</sup> revelaron que la liberalización llegaba a la política. De un total de 1.500 puestos electivos, para unos 400 solo hubo un candidato y en 350 apenas seis; otros 750 escaños fueron elegidos por las organizaciones sociales. Pero a pesar de que casi el 90% de los electos eran afiliados al Partido Comunista, una treintena de líderes importantes del partido no fue elegida. Más importante aún fue la presencia de una minoría de reformadores, unos trescientos. Entre ellos Yeltsin, que logró el 90% de los votos en Moscú. Hubo regiones en las que el reformismo logró una victoria significativa: los lituanos en su totalidad eran partidarios de una reforma total del viejo sistema político. El propio Sajarov, fue elegido como diputado de una organización científica. Lo más significativo, fue que después de la reunión del Congreso y de la elección de su presidente, desde el punto de vista político, la URSS empezó a convertirse en otro país. Agreguemos que solo a fines de 1990 existiría una verdadera y precisa división interna entre los diputados, fragmentados entre docena y media de grupos, de los que el más importante era el comunista (730 escaños) seguido del conservador Soyuz. Hay que recurrir a la mención de dos situaciones que verdaderamente prepararon el principio del fin de la URSS: la tercera reforma constitucional desde que se había lanzado la *perestroika* terminó con el monopolio del PCUS, al suprimirse el artículo sexto que le encomendaba el papel de dirigir la sociedad. Aunque se creaba la figura de presidente de la URSS y Gorbachov ocupaba el cargo, la oposición que debió enfrentar a su proyecto (ya sea para acelerarlo o para abandonarlo) se hizo cada vez

más un obstáculo infranqueable. Comenta el siguiente autor que,

desde 1989 la velocidad con que se fueron desmembrando la URSS y el Partido fue de vértigo. Las declaraciones de soberanía de los distintos Soviets Supremos y de los distintos Partidos venían a herir y a dividir profundamente las estructuras centrales. Desde finales de 1988 hasta julio de 1989 los Soviets Supremos de las repúblicas Bálticas, con el apoyo de sus respectivos Partidos, declararon su soberanía. Otro tanto ocurrió a lo largo de 1990 en Ucrania, Moldavia y Uzbekistán. En diciembre de 1989 el P.C. lituano había decidido separarse del PCUS.<sup>51</sup>

Ante una cada vez mayor licuación y fragmentación del poder político, Gorbachov nunca trató de aglutinar autoritariamente al Partido, y cuando se dijo inspirado en «valores humanos universales», -sin ser ello filosóficamente un rompimiento con los principios del marxismo-leninismo-, abrió una brecha difícil de enmendar con la esencia misma del régimen soviético. Por otra parte, como se ha tratado de dejar en claro, si la *glasnost* logró desencadenar un amplio proceso de apertura y democratización, en donde comenzaron a prosperar la vida política y la expresión cultural abierta, la *glasnost* se tornó prontamente en un fenómeno que lejos de fortalecer las estructuras del Partido Comunista, y su liderazgo en la vida social, puso ante la vista de todos, sin excepción, sus aspectos más anacrónicos y repudiables como el despotismo, los privilegios escandalosos y la corrupción. De este modo, la gestión de Gorbachov sinceró el mal potencialmente más peligroso que aquejaría al *socialismo real* y que lo sumergió como un torbellino imparable en la etapa de su desintegración final, un indestructible malestar proveniente de fuerzas sociales incompatibles con las estructuras autoritarias y petrificadas del régimen<sup>52</sup> y de rivalidades nacionales latentes, a lo largo y a lo ancho de toda su expresión geográfica y humana. Casi imprevistamente, las nacionalidades, virtualmente invisibles por haber sido aprisionadas dentro del chaleco de fuerza de la dominación rusa por décadas,<sup>53</sup> encontraron su cauce de expresión en el proyecto de Mijaíl Gorbachov, que ambicionaba *salvar* el sistema mediante la remoción de sus estructuras más obsoletas.



Como sabemos hoy en día, *perestroika* y *glasnost* fueron los programas de acción decisivos del gobierno de Gorbachov, y a decir verdad, una arriesgada estrategia de ingeniería social y política dispuesta para aflojar las tensiones estructurales en el campo político y económico, pero que, en su desarrollo  *fáustico*, sumergieron a la URSS en una crisis sin retorno. Probablemente el error clave de la *intelligentsia*, fue concebir que la *democratización* de la sociedad era una condición  *óptima y suficiente* para despertar a la economía, sobre todo si se centraba en la esperanza de que cierta apertura o transparencia en el manejo del Estado Comunista provocaría la movilización espontánea y colectiva del espíritu nacional, a favor de quienes dirigían el proceso de cambio. Por el contrario, la tibia pero dinámica democratización de ciertas capas intelectuales y de sectores de la población afines a sus premisas críticas, como temían los conservadores duros del Partido, y no esperaban los cabecillas del reformismo, lejos de poner en marcha los espíritus y los recursos necesarios para restaurar una economía estancada por las premisas burocráticas y por pautas de desarrollo anacrónicas, se encaminó como una fuerza irresistible a demoler todo el edificio celosamente custodiado durante décadas por la *nomenklatura*. Era evidente además que los adalides de la reforma pretendieron recrear, sin conseguirlo, aquel espíritu nacional de la «gran guerra patriótica» (1939-1945) que había superado heroicamente el desafío de la destrucción de la Unión Soviética ante la envestida del nazismo invasor. De tal modo, al no haberse arribado a dicha situación, finalmente

La *perestroika* acaba desbordándose a sí misma, no por incapacidad del liderazgo gorbachoviano, sino por la naturaleza terminal de la crisis del sistema soviético.<sup>54</sup>

Ya resignadamente Gorbachov reconocerá en el *Artículo de Crimea*, escrito pocos días antes de la asonada golpista<sup>55</sup> que promueven sectores *neoestalinistas* del Partido, «temerosos» ante la posibilidad de un desborde social, que,

Como resultado de la *glasnost* y de la revelación de la verdad, ha penetrado en la memoria social el miedo a los grandes cambios. Alimenta en la mente popular el deseo de detenerse,

incluso de echarse un poco atrás con el fin de, aprovechando la pausa, pensar otra vez las cosas y quizás empezar de nuevo (...) Pero entre aquellos que incitan al pueblo a detenerse y reflexionar han aparecido también «izquierdistas» del credo neoestalinista. Estos apelan al pueblo para que exija un alto con objeto de restablecer el orden por medio de una dictadura que aboliría o, en el mejor de los casos, suspendería todos los derechos y libertades que hemos ganado en el curso de la *perestroika* (...) Podrían ser muchas las personas dispuestas a responder a este tipo de incitación. Este es el terreno donde el populismo prospera. Es afanosamente fertilizado por aspirantes a dictador y apologistas del estalinismo. Algunos medios informativos que trabajan en su beneficio alientan esta nostalgia de miras del período de estancamiento, cuando supuestamente había todo lo necesario para la vida cotidiana, no mucho ni lo mejor, pero allí estaba; y en cuanto a la libertad y democracia, ¿quién las quiere si nos amenazan la pobreza y el desempleo? Los elogios a Pinochet y a Franco se prodigan públicamente y en serio: unos pocos y breves años de dictadura auténtica, dicen, y a continuación vendrán el mercado libre y la democracia y la prosperidad y los estómagos llenos.<sup>56</sup>

Frente a la imagen lapidaria que nos brinda finalmente Gorbachov, ¿podría haberse salvado del hundimiento a la URSS?<sup>57</sup> ¿Tiene sentido hablar de ello? Claro que sí, y lo es por una razón estrictamente metodológica: echar un haz de luz sobre lo que en realidad ocurrió. A tal efecto, citaré dos aportes que por sus coincidencias y paralelismos notables, nos ayudarán a iluminar hermenéuticamente el tópico de esta ponencia. Como escribió Lewin,

Las reformas tecnológicas y económicas estaban inextricablemente ligadas a las reformas políticas. Había que despojar a la máquina del Partido de su poder último: el poder de impedir los cambios. Un levantamiento popular masivo lo habría logrado pero no estalló. La alternativa era la reforma desde dentro, dirigida en primera instancia contra el Partido. Tan solo una fuerza política revitalizada podía obligar a la burocracia a iniciar la transición a una economía mixta, presionándola para que respaldara tanto el cambio desde arriba como desde abajo, y amenazándola con una expropiación a gran escala. La creación

de un sistema que asegurara la transición haría posible mantener unas condiciones de vida mínimas, evitar el desastre económico y mostrar el camino a la iniciativa económica individual y colectiva. La siguiente tarea consistiría en formar políticamente a la población.<sup>58</sup>

Por su parte, Hardt y Negri han remarcado en consonancia con muchos estudiosos del mundo soviético que,

Lo que nos parece esencial no es tanto la falta de libertades individuales y formales de los trabajadores o los ataques contra ellas, sino más bien el despilfarro de la energía productiva de las multitudes que habían agotado el potencial de la modernidad y querían liberarse de la gestión socialista de la acumulación capitalista para poder manifestar un nivel más elevado de productividad. Esta represión y esta energía fueron las fuerzas que, desde extremos opuestos, provocaron que el mundo soviético se desmoronara como un castillo de naipes. La *glasnost* y la *perestroika* por cierto representaron una autocrítica del poder soviético y plantearon la necesidad de un paso democrático como condición indispensable para renovar la productividad del sistema, pero se recurrió a ellas demasiado tarde y demasiado tímidamente para evitar la crisis. Al no contar con el combustible que solo pueden crear las nuevas subjetividades productivas, la maquinaria soviética se replegó sobre sí misma y se detuvo con gran estruendo de frenos. Los sectores de la fuerza laboral e intelectual e inmaterial le retiraron el apoyo al régimen y su éxodo condenó al sistema a la muerte, a morir de la victoria socialista de la modernización, a morir de la incapacidad de emplear sus efectos y sus excedentes, a morir de una asfixia definitiva que sofocó las condiciones subjetivas que exigían un paso a la modernidad.<sup>59</sup>

### V. Conclusión

La palabra *glasnost*, *гласность*, (*apertura, transparencia o franqueza*), desde muy pronto considerada un complemento de la *perestroika*, significó desde el punto de vista político, algo así como una actitud de buena voluntad gubernamental para aceptar un debate crítico sobre determinadas materias, siempre que fuera constructivo. Su sentido, en el marco de una *perestroika* dirigida de forma fundamental al cambio económico, consistió originariamente en provocar un planteamiento realista de los problemas y en animar a los ciudadanos a involucrarse personalmente en las reformas anunciadas por Gorbachov. Ahora bien, a partir de 1988, de este propósito inicial, se pasó a una auténtica revolución en los medios intelectuales y periodísticos que desbordaron los proyectos iniciales de los gobernantes, tomaron la iniciativa y acabaron influyendo en los acontecimientos de un modo decisivo.

En efecto, la *glasnost* cuestionó el papel dirigente del Partido Comunista en la vida soviética, desnudando la corrupción imperante en sus estructuras, y desmitificando muchos de los aspectos de la historia oficial.

Esta ponencia se dirigió fundamentalmente a posar la lente analítica sobre las dificultades que representaban determinadas fuerzas sociales y la estructura política reinante, para llevar a cabo cambios profundos en el *socialismo realmente existente* en materia de gestión económica, democratización, pluralismo cultural e informativo, y como además, la política de apertura de la *glasnost* se volvió en contra de Gorbachov al incrementarse los problemas económicos y sociales por efecto de sus mismas reformas.



Notas

86

1. Gorbachov, Mijaíl, *Perestroika: nuevas ideas para nuestro país y el mundo*; Ed. Emecé, 1987. op. cit. pp. 83,84.

2. Kagarlitsky, Boris, *Los intelectuales y el estado soviético. De 1917 al presente*; Ed. Prometeo, 2006, op. cit. pág. 400.

3. La *manipulación de la realidad*, una triste e incuestionable rúbrica del régimen de partido único, supo ser observada con agudeza desde la Alemania Oriental por el físico y químico Robert Havemann, resistente antinazi, y recluido domiciliariamente por decisión del Partido Comunista. Decía Havemann: «La realidad de la DDR no coincide con la imagen que el Partido se ha formado de ella. En esta imaginaria DDR que diariamente aparece en los periódicos y demás medios de comunicación de masas, descrita con los colores más sonrosados, vemos cómo la clase obrera, aliada a los campesinos y a las fuerzas de la cultura, consigue un triunfo tras otro en el desarrollo de la producción. Todos trabajan impulsados por la pasión de un ideal supremo, el socialismo, llenos de confianza en el Partido de la clase obrera y en toda su dirección, especialmente en el camarada primer secretario general. En las elecciones para la Cámara del pueblo, el 99% vota regularmente a favor de la lista unitaria del Frente Nacional. Cuando vienen a visitarnos dirigentes de países amigos, miles de personas se apretujan en las calles para recibirlos. En las grandes fiestas nacionales, miles de personas se manifiestan ante las tribunas desde donde los jefes les contemplan y animan a nuevas victorias en la construcción del socialismo. Lo malo es que esta fantástica imagen no coincide en nada con la realidad de la DDR, tal y como es conocida por sus ciudadanos. En consecuencia, una imagen objetiva de la realidad se considera como una calumnia y una ofensa al Estado. Al partido le ocurre como a la zorra del cuento: decide que no vale la pena lo que no puede alcanzar» Havemann. Robert; *La libertad como necesidad. Escritos berlineses*; Ed. Laia, Barcelona, 1979; op. cit. pp. 183, 184.

4. Gorbachov; *Perestroika: nuevas ideas para nuestro país y el mundo*; op. cit. p. 85.

5. Desde mi perspectiva, debemos insistir con la siguiente pregunta: ¿se debe seguir caracterizando a la URSS como un sistema «socialista» o «comunista» al haber reivindicado los preceptos de Marx? Dice Catherine Samary al respecto, «La URSS

y los países llamados socialistas -cualquiera sea el «nombre» con que se los califique- eran sociedades marcadas por relaciones sociales que las alejaban (y no las acercaban) al socialismo: no se comprende la fragilidad actual frente al proceso de restauración si no se pone en evidencia esa realidad. La alienación de los trabajadores por el plan burocrático o el «mercado socialista»; la ausencia de una democracia socialista que permitiera a los interesados(as) ser responsables de su trabajo y de sus resultados; la represión de toda forma de sindicato o de iniciativa política o social independiente, la represión de todo movimiento de defensa de los derechos nacionales en nombre de la «fraternidad entre los pueblos» o del «internacionalismo proletario»; y, en el caso yugoslavo, más rico, el ahogo de la autogestión por el monopolitismo político y por todo lo que limitaba el horizonte al localismo; en todas partes la cristalización de la burocracia en capa/casta social que defendía sus privilegios a través del monopolio del partido; el hipercrecimiento y la omnipresencia del Estado/partido... no solo todo esto se oponía a los movimientos de emancipación, sino que producía en las conciencias estragos que todos(as) hemos subestimado. Con el tiempo, el principal argumento anticomunista se convirtió en la realidad de esos países. En Praga el imperialismo tenía como instrumento no a la OTAN, sino al Pacto de Varsovia. La democracia a la que se aspiraba era al menos, la «democracia formal burguesa...»; Samary, Catherine, «¿La crisis de los países llamados socialistas es un fracaso del marxismo?», en, *¿Hay alternativa al capitalismo?* Congreso Marx Internacional. Cien años de marxismo. Balance crítico y prospectivas. Actas del coloquio organizado por la revista *Actuel Marx* (PUF, CNRS). París X. Nanterre. 27-30 septiembre 1995. Edición argentina por Kohen & Asociados Internacional; op. cit. pp. 80,81.

6. Várnagy, Tomás; «Dubcek y Gorbachov: La Primavera de Praga como antecesora de la *glasnost* y la *perestroika*»; Ponencia presentada en las *VIª Jornadas de Historia Moderna y Contemporánea*. Luján, Argentina, 2008, op. cit. pág. 8.

7. Aganbegyan, *La perestroika económica: una revolución en marcha*; Ed. Grijalbo, 1989. op. cit. pág. 31.

8. Ídem; op. cit. pág. 32.

9. Ídem; op. cit. pág. 32.

10. Vorozheikina, Tatiana; «La perestroika del sistema político: problemas y soluciones»; en *Nuevos rumbos en la relación Unión Soviética/América Latina*, Roberto Russell (editor), FLACSO/GEL 1990, op. cit. pág. 33.

11. «A lo largo de todo su libro, Lewin insiste en la necesidad de distinguir cuidadosamente la burocracia del partido (un partido que no tiene de partido más que el nombre, reducido de hecho solo a su aparato) de la burocracia de Estado, cada vez más autónoma y celosa en la defensa de sus propios intereses. Se está a cien leguas de la idea tan profundamente arraigada de un «partido Estado» todopoderoso. De hecho, la burocracia del partido se mostró incapaz de controlar la burocracia del Estado, a pesar de sus intentos sucesivos, luego de la guerra o aún con Jruschov. Esta historia renovada de la burocracia muestra el fracaso del partido (de su aparato) frente a una burocracia de Estado todopoderosa que termina por absorber a la del partido»; Paillard, Denis, reseña al libro de Moshe Lewin, *El Siglo Soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, en *Revista Herramienta N° 24*, revista@herramienta.com.ar.

12. Lo acotado entre paréntesis como aclaración, es mío.

13. Vorozheikina, op. cit. pág. 33.

14. Mandel, David; «Reforma económica y democracia en la Unión Soviética», en *Revista Debats*, N° 28, Junio, 1989, op. cit. pág. 28.

15. Ídem; op. cit. pág. 28.

16. *Nomenklatura* es, por definición, el derecho de fiscalización de que dispone el Partido sobre la atribución de un puesto que juzga importante.

17. Kornai, Janos; citado en Mandel, D; «Reforma económica y democracia en la Unión Soviética» op. cit. pág. 27.

18. Vorozheikina; «La perestroika del sistema político: problemas y soluciones», op. cit. pág. 34.

19. Mandel, op. cit. pág. 29.

20. Gorbachov; *Perestroika: nuevas ideas para nuestro país y el mundo*, op. cit. p. 116.

21. Stalin, en los años cuarenta, había comparado al ciudadano soviético con la función de un «tornillo», cuyo deber es «funcionar bien en el lugar que le corresponde».

22. Apoyando la dirección de las políticas de Gorbachov, decía con vehemencia el historiador soviético Kiva Maidanik, «El pueblo socialista, dueño de su país y de su destino, tiene el derecho a analizar y tener una opinión propia en todo lo que se refiere al presente y a todo lo que está ligado con

su pasado. Basta ya de considerar al pueblo como un adolescente que jamás llega a estar maduro para conocer la cruda realidad», en Harnecker, Marta, *Perestroika. La revolución de las esperanzas. Entrevista a Kiva Maidanik*; Ed. Dialéctica, 1988; Bs. As., op. cit. pág. 78.

23. Mandel, D., op. cit. pág. 32.

24. La comprensible desconfianza de los trabajadores a las reformas, puede resumirse en el siguiente conjunto de factores adversos: aumento de la disciplina, intensificación del trabajo, reducción de ingresos y alza de los precios: «Hasta ahora, la experiencia mayoritaria con la reestructuración es solo una creciente presión para aumentar el esfuerzo laboral... El mercado de consumo sigue igual y, es más, en el último año la tasa de incremento de la producción de bienes de consumo fue inferior a las tasa correspondiente a 1985»; Mandel, D., «Reforma económica y democracia en la Unión Soviética», op. cit. pág. 32.

25. El artículo N° 40 de la Constitución soviética de 1977, consagraba el derecho de todos los ciudadanos al trabajo.

26. Wilson, Andrew; Bachkatov; Nina; *Los Jóvenes de la Perestroika*, Ed. Vergara, 1989, op. cit. pág. 301.

27. Ídem; op. cit. pág. 301.

28. Aganbegyan había sido tajante en cuanto a los motivos que debían tomarse en cuenta para rechazar el paro. Analizando los argumentos a favor del desempleo, señalaba lo siguiente: «En la superficie de los fenómenos puede aparecer que el estímulo más importante para realizar un buen trabajo es la existencia de parados(...) Nadie quiere encontrarse en el desempleo, y por eso todos trabajan esforzadamente, esperando que la buena calidad de su tarea sirva de garantía para conservar el puesto(...) Personalmente, dudo mucho que la existencia de desempleo sea en verdad un poderoso estímulo de la mejor tradición. Los hechos que yo conozco en ningún caso confirman su influencia positiva sobre la calidad del trabajo. En Yugoslavia, por ejemplo, el desempleo es bastante alto, sobre todo entre la juventud. Sin embargo esta circunstancia no ha contribuido a la elevación del rendimiento del trabajo. En Suecia, al contrario, se puede decir que no existe el desempleo». Concluía sin rodeos que, «En el transcurso de la perestroika debemos afirmar las ventajas sociales que posee la economía socialista. Por esto, por principio, en ningún caso debemos permitir el desempleo», Aganbegyan, op. cit. pp. 109, 110.

29. Vorozheikina; op. cit. pág. 36.



30. Ídem; op. cit. pág. 36.

31. Ídem; op. cit. pág. 36.

32. Mandel; op. cit. pág., 34.

33. De Andrés, Jesús; «La transición rusa: Gorbachov, Yeltsin y Putin»; en *Europa del este y la Unión Soviética en el Siglo XX. Del socialismo real al Poscomunismo*, Gabriela Águila, Jorge Sgrazzutti (Coords.), Homo Sapiens, Ediciones, 2000, Rosario, op. cit. p. 200.

34. Dabat, Alejandro y Toledo, Alejandro; «El golpe de agosto de 1991 y el colapso de la URSS»; en *Revista Iztapalapa*, Nº 28, AÑO 12, Universidad Autónoma Metropolitana, México; op. cit. pág., 186.

35. Ídem; op. cit. pág., 187.

36. Vargas Lozano, Gabriel; «El derrumbe del socialismo real, la perestroika y el futuro del socialismo», en *Revista Iztapalapa*, Nº 28, AÑO 12, op. cit. pág., 173.

88 37. Garrido Caballero, María Magdalena; «La perestroika y la juventud soviética», Ponencia presentada en las VIª Jornadas Nacionales de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad Nacional de Luján, 2008. La cita es un comentario de un artículo del autor Kara Murzá, S; «Perestroika sin la URSS ni PCUS», *Nuestra bandera*, 154 (1993), pp.96-103. La autora agrega además un dato importante sobre la opinión de los rusos a más de diez años del final de la URSS y su visión sobre la economía capitalista: «...los resultados de la encuesta realizada en el 2001 por el Russian Public Opinión Research Centre (WCIOM), basada en una muestra de dieciséis mil adultos procedentes de diferentes regiones, grupos económicos y sociales, evidenciaron que el 53 por ciento de los rusos preferían un vía propia de desarrollo, y entre estos, el 23 por ciento, pensaba que debía conducir a un estado con un régimen peculiar»; citado de; «Information: Results of surveys». Public Opinión Monitoring: Economic and social changes. WCIOM, March, 2001. <http://www.wciom.ru/En> DAVIDOV, V.: «Rusia: la trayectoria del cambio. Una visión desde dentro», en Colomer, A y Flores, C. (eds.): *Rusia, en vísperas de su futuro*. Valencia, PUV, 2002, p.28.

38. «El papel clave en el despertar político del pueblo lo jugó la *glasnost*. Creo que uno de los logros más importantes de la *glasnost* es que no solo socavó la fe en la omnipotencia y la sabiduría de las autoridades, sino también la convicción en la vanidad absoluta del esfuerzo personal de cada uno para cambiar algo en la sociedad», Vorozheikina, op. cit. pág., 34.

39. Ídem; op. cit. pág., 35.

40. Como lo describe el profesor Maidanik, la *glasnost* dio por tierra con todos los temas tabúes, «El aumento de la mortalidad infantil y los privilegios, la prostitución y las drogas, las catástrofes naturales y accidentes por irresponsabilidad, los sueldos de los dirigentes, la mentalidad real y no inventada de la juventud, los crímenes de los años 30, los estallidos nacionalistas actuales, y los actos de arbitrariedad de los poderes locales (...) Pero la *glasnost* no solo se traduce en transparencia informativa sino también en libertad de crítica. Desaparecieron los cotos cerrados. Se escribe acerca de errores y de abusos aun en los ministerios más protegidos, de los dirigentes del Partido de las repúblicas (...) Se desnudan las llagas más vergonzosas. Y todo esto, no ha desembocado, como algunos temían, en la desesperación del pueblo, sino en la rabia contra los males...», en, Harnecker, Marta; *Perestroika. La revolución de las esperanzas. Entrevista a Kiva Maidanik*; op. cit. pp. 78, 79.

41. Sajarov, Andrei, (1921-1989). Eminente físico nuclear ruso y reconocido disidente del régimen soviético.

42. O'Donnell, Guillermo; Schmitter, Philippe C.; *Transiciones desde un gobierno autoritario: conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas / 4*, Ed. Paidós. 1994, op. cit. págs. 19.

43. Ídem; op. cit. pág., 20.

44. Ídem; op. cit. pág., 20.

45. Ídem; op. cit. pág., 21.

46. Yeltsin, Boris, (1932-2007). En 1985, es designado por Mijaíl Gorbachov como Secretario Central del Partido Comunista en Moscú y miembro del Politburó Soviético. Sin embargo, para 1987 fue depuesto de todos sus cargos a causa de sus fuertes críticas contra las reformas llevadas a cabo por el gobierno. Fue designado en cambio, como *Primer Diputado del Comité Estatal de Construcción*. El motivo por el cual Yeltsin fue despojado de tan altos cargos fue realmente su forma de criticar a Gorbachov: no estaba permitida ninguna crítica fuerte durante las reuniones del Politburó, especificando que estas debían circular entre sus miembros antes de estar en sesión. Se especula que para ese entonces, Gorbachov y Yeltsin pasan a ser enemigos políticos. En 1989, Gorbachov crea el Congreso de Diputados del Pueblo, en un intento de reestructurar la Unión Soviética. La actitud de Yeltsin le convirtió en una figura sobresaliente del bando reformista, lo cual le llevó a entrar en marzo de 1989 en el Soviet Supremo, como diputado por Moscú, con el mayor

número de votos de toda la Unión. Pero el paso lento con que se producían las reformas lo indujo a abandonar el Partido al año siguiente. Para mayo de 1990, es confirmado Presidente del Soviet Supremo de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Tras la caída del sistema comunista, Yeltsin aplicaría en Rusia los nefastos programas de reforma económica neoliberal.

47. Kagarlitsky, Boris, *Los intelectuales y el estado soviético. De 1917 al presente*; Ed. Prometeo, 2006, op.cit. pág. 401.

48. Deutscher, Isaac; «La conciencia de los ex comunistas»; en *Revista de Economía Institucional* v.7 n.13 Bogotá, dic. 2005; op. cit. pp. 4, 5.

49. Gorbachov, Mijaíl, *El golpe de Agosto. Las causas y las consecuencias*, Ed. Atlántida, Bs. As., 1991, op. cit. pág. 144.

50. Vorozheikina, describe los alcances y límites de aquellas reformas: «a) la ampliación de la participación popular en la gestión; b) la conversión del soviet supremo de órgano aprobador en el legislativo...; c) el límite de dos legislaturas para los elegidos y los funcionarios nombrados...; d) el número ilimitado de candidatos, que tienen el derecho garantizado de efectuar la campaña electoral a través de los medios; e) el derecho de promover los candidatos de las organizaciones sociales...» etc. Según la autora, una de las principales críticas que se le podían achacar a la reforma política, era el carácter indirecto de las elecciones. Señalaba que: «La elección del Presidente del Soviet Supremo tampoco es directa. Los ciudadanos eligen nada más que al colegio de electores -el Congreso-, quienes son libres de votar por cualquiera, no tienen obligación frente a sus electores respectivos. Lo que abre una posibilidad conocida por nosotros: una lucha escondida, un pleno inesperado del CC y la promoción de una candidatura no prevista por nadie»; op. cit. pág. 47.

51. De Andrés, Jesús; «La transición Rusa: Gorbachov, Yeltsin y Putin»; op. cit. pág., 200.

52. Reiterándolo una vez más; si fuese el caso, pese al colapso de la URSS, el «modelo totalitario» que se aplica a la descripción del sistema soviético desde sus

orígenes, no podría dar cuenta con precisión de las transformaciones experimentadas por la sociedad, a la que se cree un juguete en manos del poder, y menos aún, explicar su cambio de actitud en los años 80, frente a un régimen político «totalitario» y petrificado. Así como señala Denis Paillard, «Esta sociedad que conoció transformaciones radicales es irreductible al poder instalado. Y se observa una distorsión cada vez más grande entre la sociedad, en que las diferentes capas sociales que la componen defienden sus intereses, y un poder, incapaz de reformarse, que perpetúa alrededor de la figura del «secretario general» un poder de otrora. Como señala Lewin: «mientras la sociedad explotaba, el poder estaba en vías de glaciación». Es esta contradicción lo que explica la implosión del sistema en los años ochenta». Paillard, Denis, reseña al libro de Moshe Lewin, *El Siglo Soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?* (2006), en, Revista Herramienta N° 24, revista@herramienta.com.ar.

53. Véase, Faraldo, José, M., «El renacer del nacionalismo ruso (1968-1991)», en *Revista Papeles del Este. Transiciones pos-comunistas*, N° 3, 2002, [http:// www. ucm. es/ buc m/ cee/ papeles.](http://www.ucm.es/bucm/cee/papeles)

54. Dabat y Toledo; «El golpe de Agosto de 1991 y el colapso de la URSS»; op. cit. pág., 186.

55. La intentona golpista transcurrió entre los días del 19 al 21 de agosto de 1991, mientras Gorbachov se hallaba de vacaciones en Cabo Foros, Crimea.

56. Gorbachov, *El golpe de Agosto. Las causas y las consecuencias...*, op. cit. pp. 122, 123.

57. El 8 de diciembre de 1991, los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia firmaron el Tratado de Belovesh que declaró oficialmente la ya inevitable disolución de la Unión Soviética y se estableció la Comunidad de Estados Independientes (CEI), en su lugar.

58. Lewin, Moshe, *El Siglo Soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Ed. Crítica, Barcelona, 2006, op. cit. pág. 462.

59. Hardt, Michael; Negri, Antonio, *Imperio*, 3ª edición, Ed Paidós, Bs. As. 2004, op. cit. pp. 246, 247.



## Bibliografía

- 90 -AGANBEGYAN, Abel; *La perestroika económica: Una revolución en marcha*; Ed. Grijalbo, 1989.
- DABAT, Alejandro y TOLEDO, Alejandro, «El golpe de agosto de 1991 y el colapso de la URSS»; en *Revista Iztapalapa*, N° 28, AÑO 12, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- DAVIDOV, V., «Rusia: la trayectoria del cambio. Una visión desde dentro», en Colomer, A y Flores, C. (eds.): *Rusia, en vísperas de su futuro*. Valencia, PUV, 2002.
- DE ANDRÉS, Jesús, «La transición rusa: Gorbachov, Yeltsin y Putin»; en, *Europa del este y la Unión Soviética en el Siglo XX. Del socialismo real al Poscomunismo*, Gabriela Águila, Jorge Sgrazzutti (Coords.), Homo Sapiens, Ediciones, 2000, Rosario.
- DEUTSCHER, Isaac; «La conciencia de los ex comunistas»; en *Revista de Economía Institucional* v.7 n.13 Bogotá, dic. 2005.
- GARRIDO CABALLERO, María Magdalena; «La perestroika y la juventud soviética», Ponencia presentada en las «VIª Jornadas Nacionales de Historia Moderna y Contemporánea», Universidad Nacional de Luján, 2008.
- GORBACHOV, Mijaíl, *Memoria de los años decisivos, 1985-1992*, Ed. Globus.
- Informe político del Comité Central del PCUS al XXVII Congreso del Partido*; 25 de febrero de 1986; ED, de la Agencia de Prensa Nóvosti Moscú, 1986.
- Perestroika. Nuevas ideas para mi país y el mundo*; Ed. Emecé, 1988.
- El Golpe de Agosto. Las causas y las consecuencias*. Ed. Atlántida, Bs. As., 1991.
- «Evitar las ideologías con la mente abierta», entrevista realizada por Nathan Gardels en, «*El Observador*», suplemento «Tendencias», del domingo 19 de diciembre de 1999.
- FARALDO, José, M., «El renacer del nacionalismo ruso (1968-1991)», en *Revista Papeles del Este, transiciones pos-comunistas*, N° 3, 2002, <http://www.ucm.es/bucm/cee/papeles>.
- HARDT, Michael; NEGRI, Antonio, *Imperio*, 3ª edición, Ed Paidós, Bs. As. 2004,
- HARNECKER, Marta; *Perestroika. La revolución de las esperanzas. Entrevista a Kiva Maidanik*; Ed. Dialéctica, 1988; Bs. As.
- HAVEMANN, Robert, *La libertad como necesidad. Escritos berlineses*; Ed. Laia, Barcelona, 1979.
- KAGARLITSKY, Boris, *Los intelectuales y el estado soviético. De 1917 al presente*; Ed. Prometeo, 2006.
- LEWIN, Moshe, *El Siglo Soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Ed. Crítica, Barcelona, 2006.
- MANDEL, David; «Reforma económica y democracia en la Unión Soviética», en *Revista Debats*, N° 28, Junio, 1989.
- O'DONNELL, Guillermo; SCHMITTER, Philippe C.; *Transiciones desde un gobierno autoritario: conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas / 4*, Ed. Paidós. 1994.
- PAILLARD, Denis, reseña al libro de Moshe Lewin, *El Siglo Soviético*, en; *Revista Herramienta* N° 24, [revista@herramienta.com.ar](mailto:revista@herramienta.com.ar).
- SAMARY, Catherine, «¿La crisis de los países llamados socialistas es un fracaso del marxismo?», en, *¿Hay alternativa al capitalismo? Congreso Marx Internacional. Cien años de marxismo. Balance crítico y perspectivas*. Actas del coloquio organizado por la revista *Actuel Marx* (PUF, CNRS). Paris X. Nanterre. 27-30 septiembre 1995. Edición argentina por Kohen & Asociados Internacional.
- VARGAS LOZANO, Gabriel; «El derrumbe del socialismo real, la perestroika y el futuro del socialismo», en *Revista Iztapalapa*, N° 28, AÑO 12.
- VÁRNAGY, Tomás, «Dubcek y Gorbachov: La Primavera de Praga como antecesora de la *glasnost* y la *perestroika*»; Ponencia presentada en las VIª Jornadas Nacionales de Historia Moderna y Contemporánea. Luján (Argentina), 2008.
- VOROSHEIKINA, Tatiana, «La perestroika del sistema político: problemas y soluciones»; en, *Nuevos rumbos en la relación Unión Soviética/América Latina*, Roberto Russell (editor), FLACSO/GEL 1990.
- WILSON, Andrew; BACHKATOV, Nina, *Los Jóvenes de la Perestroika*, Ed. Vergara, 1989.